

NOTE

«SER *OPUS DEI* PARA HACER EL *OPUS DEI*»

ANTONIO ARANDA (†)
Universidad de Navarra, Pamplona

RESUMEN: El autor toma ocasión de una expresión de san Josemaría para explicar el carisma y la espiritualidad del *Opus Dei*, que tiene en el trabajo el quicio, la base o fundamento sobre el que ir levantando, con la gracia de Dios, el edificio de la santificación personal y del apostolado. La identificación con Cristo, esencia y meta de la vida cristiana, se concreta —para quienes han recibido la vocación al *Opus Dei*— en imitar sus años de vida oculta en los que inició la redención de los hombres, trabajando en un oficio y llevando una existencia igual a la de los demás. El *Opus Dei* ha sido suscitado dentro de la Iglesia con unas características propias entre las que destacan su esencial secularidad y esa particular perspectiva cristocéntrica. Para demostrarlo, el autor se sirve de textos de san Josemaría, muchos de ellos inéditos y en fase de publicación.

PALABRAS CLAVE: Espiritualidad del *Opus Dei*, San Josemaría Escrivá de Balaguer, Cristocentrismo, Secularidad, Santificación del trabajo.

ABSTRACT: The author considers a statement by Saint Josemaría to elucidate the charisma and spirituality of the *Opus Dei*, which positions work as the cornerstone upon which one constructs, with the grace of God, the structure of personal sanctification and apostolate. For those who have received the vocation to the *Opus Dei*, identification with Christ—the essence and goal of Christian life—is realized through the imitation of his years of hidden life when he began redeeming human beings by working in a profession and leading a life akin to others. The *Opus Dei* emerged within the Church with distinct characteristics, notably its essential secularism and particular Christocentric perspective. To illustrate this, the author draws upon texts by Saint Josemaría, many of which are unpublished and in the process of publication.

KEYWORDS: Spirituality of *Opus Dei*, Saint Josemaría Escrivá de Balaguer, Christocentrism, Secularity, Sanctification of Work.

SUMARIO: I. *Introducción: un lema habitual del fundador del Opus Dei*. II. «Ser Opus Dei». III. *El Opus Dei ha sido suscitado por Dios con unas características propias*. IV. *Poner a Cristo en la cumbre de las actividades humanas*. V. *Santificar el trabajo ordinario, santificarse en esa tarea y santificar a los demás con el ejercicio de la propia profesión*. VI. *Esencial secularidad y especial perspectiva cristocéntrica*. VII. *Formación específica*.

I. INTRODUCCIÓN: UN LEMA HABITUAL DEL FUNDADOR DEL *OPUS DEI*

San Josemaría Escrivá utilizaba a veces la expresión ‘idea madre’, para calificar algún principio básico, teórico y práctico al mismo tiempo, necesario para la justa comprensión del espíritu del *Opus Dei*, y más aún, como es lógico, para su puesta en ejercicio. Uno de estos podría quedar reflejado en la fórmula: «Ser *Opus Dei* para hacer el *Opus Dei*»,¹ que cabría proponer también con enunciados análogos, como, por ejemplo: ‘Para hacer el *Opus Dei* hay que ser *Opus Dei*’, o bien: ‘Sólo siendo *Opus Dei* se puede hacer el *Opus Dei*’. A cualquiera de esas posibles formulaciones habría que añadirle siempre, para mayor precisión, un epígrafe como el siguiente: ‘Dentro del cuerpo de la Iglesia y al servicio de su misión’.²

Este breve preámbulo ilustra ya de modo sintético el contenido de las siguientes consideraciones, cuyo objetivo es traer de nuevo a la luz,

¹ «¡Si nuestra vida es ser *Opus Dei* y hacer el *Opus Dei*!» (*Meditación*, 5-IV-1955, en Archivo General de la Prelatura [=AGP], serie A.4, 67-3); «Te doy gracias por haberme llamado a ser *Opus Dei* y a hacer el *Opus Dei*» (*Meditación*, 3-X-1952, en AGP, serie A.4, 66-3). Los textos en los que no se señala el autor son siempre de san Josemaría Escrivá de Balaguer.

² Son muchos los textos de san Josemaría que recogen este sentir de identidad eclesial. Escogemos un par de una de sus cartas, pero antes señalamos una premisa: los textos de san Josemaría que él mismo denominaba *Cartas*, y cuyos primeros destinatarios son los miembros del *Opus Dei*, están comenzando a ser puestos al alcance general de los lectores a través de ediciones críticas incluidas en la Colección de sus Obras Completas. Ya han visto la luz dos primeros volúmenes que contienen un total de ocho *Cartas* (*Cartas I*, ed. crítica y anotada, preparada por L. CANO, Rialp, Madrid 2020; y *Cartas II*, ed. crítica y anotada, preparada por L. CANO, Rialp, Madrid 2022), a los que seguirán sucesivamente otros. Los textos a los que nos referíamos son: «La única ambición, el único deseo del Opus Dei y de cada uno de sus hijos es servir a la Iglesia, como Ella quiere ser servida, dentro de la específica vocación que el Señor nos ha dado» (*Carta n.º 8* [datada 31-V-1943], n. 1/a, en *Cartas II*, 191); «Los miembros del Cuerpo Místico son ciertamente variadísimos, pero todos pueden resumir su misión en el servicio a Dios, a la totalidad del Cuerpo Místico, a las almas» (*ibidem*, n. 4/b, en *Cartas II*, 193).

siguiendo la enseñanza de san Josemaría, algunas claves de fondo de lo que un fiel del *Opus Dei* ya conoce y procura vivir.

Se trata de ahondar en los aspectos teóricos y prácticos del tema enunciado, lo que significa que se han de abordar también sus dimensiones teológicas, aunque no sea preciso entrar en análisis detallados.

Para completar el preámbulo y enmarcar adecuadamente la cuestión, conviene dejar señaladas desde el principio dos ideas, elementales por su sencillez y necesarias por su importancia.

Los miembros del *Opus Dei*:

a) *Son sencillamente fieles cristianos*. Esa es su vocación primordial: la bautismal. La posterior vocación divina al *Opus Dei* –sembrada en el interior de la primera: «Hijos e hijos míos, no olvidéis que tenéis una vocación íntegra de cristianos»–,³ les pone en condiciones de entender mejor y de amar más lo que es, lo que significa ser cristiano, pues desde entonces se saben llamados –ese es el contenido esencial de la vocación cristiana– a la identificación personal con Cristo, es decir, a la santidad de vida y al apostolado. Como cualquier cristiano, su persona y su vida deberían estar orientadas hacia Cristo: Él es su fuente de valor y de sentido. Personas que desean tener la cabeza y el corazón centrados en Cristo –personas cristocéntricas– que, por ese motivo, aman a la Iglesia, Esposa de Cristo y Madre nuestra. El ideal que late en ellos, en cuanto cristianos, es asemejarse cada vez más al Hijo de Dios encarnado, ser cada vez en mayor medida (en la santidad y en el apostolado) *alter Christus*, y más aún, con una expresión característica del fundador, *ipse Christus*.

b) *Son fieles cristianos en el Opus Dei*. Esa es la llamada divina que han recibido, que configura enteramente su vocación cristiana primordial en el sentido de que conforma de modo preciso –como Dios ha querido– el camino de su identificación con Cristo, es decir, de su búsqueda de la santidad y de su compromiso apostólico. Por la vocación divina acogida se saben requeridos por el Señor a *hacer el Opus Dei* con su propia vida, y saben también que para lograrlo hay que *ser Opus Dei*.

³ *Carta n.º 15* (datada 8-XII-1949), n. 58, en AGP, serie A.3, 93-1. En el presente trabajo, además de otras obras de san Josemaría, citamos pasajes de algunas de esas *Cartas* ya publicadas –las primeras ocho–, así como también párrafos breves y contrastados de otras, todavía en trámite de publicación y de las que señalaremos su colocación en el Archivo General de la Prelatura.

Así lo confirma el fundador cuando escribe: «Hemos sido llamados por Dios para hacer el *Opus Dei* en la tierra, siendo cada uno *Opus Dei*»,⁴ o bien, de modo semejante: «Cada uno de nosotros, con su vida de entrega al servicio de la Iglesia, debe ser *Opus Dei* –es decir: *operatio Dei*–, trabajo de Dios, para hacer el *Opus Dei* en la tierra».⁵

El primer pasaje alude de modo directo a la llamada personal y el segundo de modo más elaborado. Pero ambos formulan de igual manera la finalidad, razón de ser o exigencia que dicha vocación divina comporta: *ser Opus Dei para hacer el Opus Dei en la tierra*. La idea puede expresarse así: cada fiel de la Prelatura es llamado por Dios a hacer el *Opus Dei en la tierra* (en la historia, en la Iglesia, en la sociedad) –esa es la finalidad, el para qué de su vocación–, lo cual supone y exige *ser Opus Dei* –esa es la entidad o esencia de la misma–.

II. «SER OPUS DEI»

El contenido de la expresión ‘ser *Opus Dei*’ –‘ser uno mismo, yo mismo, *Opus Dei*’, en el caso de quien ha recibido esa llamada de Dios–, aunque su sentido pueda ser captado intuitivamente (sobre todo si se cuenta con la gracia de la correspondiente vocación), no es de por sí evidente, sino que exige conocimiento previo del predicado. El *Opus Dei* es una realidad eclesial, fruto de una voluntad divina dispositiva, que precede a quien le es dada vocacionalmente a conocer y a amar. Comprender lo que significa identificarse con dicha realidad (‘ser *Opus Dei*’) pide hacer una reflexión que encierra, sin duda, cierta dificultad, porque ¿cómo puede uno identificarse con algo que le precede y que es de Dios? Cabe anticipar ya la respuesta: sólo amándolo.

Para razonarlo sirve de ayuda traer a la memoria un singular ejemplo, aunque lo que en él se contempla es de tal envergadura que sólo cabe una consideración puramente analógica con lo que ahora tratamos. Recordemos la escena, o quizás mejor la sucesión de escenas que tienen lugar con ocasión de las diversas apariciones de la Virgen María en Lourdes a Bernardette. Ante la visión de aquella Señora tan hermosa, la joven vidente le pregunta en distintas ocasiones quién es –cuál es su nombre, podríamos decir–, y aunque encuentra siempre una mirada

⁴ Carta n.º 25 (datada 28-III-1955), n. 3, en AGP, serie A.3, 94-1.

⁵ Carta n.º 16 (datada 14-II-1950), n. 4, en AGP, serie A.3, 93-2.

cariñosa y sonriente sólo obtiene la respuesta pedida en la decimosexta aparición, el 25 de marzo de 1858, cuando la Señora, elevando la mirada y las manos hacia el cielo revela con alegría: «Yo soy la Inmaculada Concepción».⁶

Esa es Ella, así expresa su más profunda identidad, ese es su nombre. Yo soy como criatura humana –cabe glosar–, como persona, lo que Dios me ha dado ser: la Inmaculada Concepción. La Virgen identifica plenamente su personalidad con el don que Dios –en su voluntad salvífica– ha querido otorgarle de cara a la misión para la que ha sido elegida: ser la Madre de Dios. Se acepta y se reconoce en lo que ama sin medida: lo que Dios ha querido que Ella sea como criatura, lo que le ha dado ser. Yo soy la Inmaculada Concepción: amo y me identifico con lo que Dios ha querido que yo sea para llevar a cabo mi misión de Madre de Dios y de los hombres.

Pues bien, en la inmensa, inabarcable distancia de la analogía, eso es lo que una persona llamada por Dios para realizar una determinada misión, y dotada por tanto con los dones necesarios, debe poder afirmar de sí. Amo lo que Dios me ha dado ser, con lo que me identifico plenamente. Viniendo a nuestro caso concreto, lo que un cristiano llamado a *hacer el Opus Dei* debe poder decir de sí mismo, pues es lo que ha aprendido del fundador, es que para eso hay que *ser Opus Dei*: comprendo que mi identidad profunda, la que Dios ha querido otorgarme en vistas a la misión de *hacer el Opus Dei en la tierra*, es *ser Opus Dei*. Eso es lo que amo plenamente y con lo que me identifico, pues el amor engendra identidad: uno se identifica espiritualmente con lo que ama, y sobre todo con aquellos a los que ama. «...A mí me lo hicisteis», dice el Juez escatológico, Señor del cielo y de la tierra, identificándose con el más pequeño, al que ama (cfr. Mt 25,40).

Así, pues, concretando, para *hacer el Opus Dei*, que es a lo que Dios llama a algunos cristianos, se les pide *ser Opus Dei*: identificarse plenamente con lo que Dios les ha dado ser. O diciéndolo de otro modo, se les

⁶ «A su pregunta repetida cuatro veces, recibe una singular respuesta “*Que soy era immaculada Concepciou*” (Yo soy la inmaculada Concepción). Al párroco no le gusta la respuesta: “¡La Virgen no es su concepción!”. Necesitará tiempo para comprender ese estilo figurativo: María se define mediante el primer don por ella recibido» (R. LAURENTIN, *Lourdes*, en S. DE FIORES, S. MEO (dir.), *Nuevo Diccionario de Mariología*, Ediciones Paulinas, Madrid 1988, 1160). Cfr. IDEM, *Vida de Bernadette*, Herder, Barcelona 1982, 93.

pide amar el *Opus Dei*, tal como Dios lo ha querido: tal como ha querido suscitarlo en la Iglesia y en el mundo a través de san Josemaría. Por la gracia de la vocación lo aman, y ese amor es conocimiento («*Amor ipse intellectus est*»,⁷ el amor es en sí mismo principio de conocimiento), pero como es lógico quieren conocer con más hondura lo que profundamente aman: lo que Dios les ha dado *ser* y están llamado a *hacer* personalmente en la tierra con su sincero y humilde obrar ante Dios y ante los hombres.

Llegados aquí, brota de forma inmediata una doble pregunta: ¿qué es, pues, el *Opus Dei* para poder amarlo e identificarse con él? Y de acuerdo con la respuesta que se haya dado: ¿cómo se concreta la misión de hacerlo en la tierra?

Respecto de la primera pregunta (¿qué es el *Opus Dei*?), y para captar su sentido, es preciso hacer una observación. La pregunta se refiere a su naturaleza propia como realidad suscitada por Dios en el seno de la Iglesia en un momento preciso, al tiempo de inspirarla a su fundador. San Josemaría solía utilizar, en efecto, el verbo ‘suscitar’ para expresar el origen del *Opus Dei* como tal, es decir, como misión que Dios le inspira y le encomienda, no buscada por él sino recibida, confiada a él para comenzar a llevarla a cabo. Nos llevaría lejos continuar por esta vía –ya muy estudiada–, y no es además necesario para nuestro interés inmediato. Conviene simplemente resaltar que, de una realidad carismática, es decir, inspirada por Dios y dotada como tal de una naturaleza teológica propia, no cabe dar una respuesta directa a la pregunta sobre qué es (sólo puede darla Dios), sino más bien a qué no es, o quizás mejor a cómo es. Y esto es lo que vamos a considerar siguiendo sucesivamente algunas afirmaciones del fundador: ¿cómo es el *Opus Dei*?

III. EL *OPUS DEI* HA SIDO SUSCITADO POR DIOS CON UNAS CARACTERÍSTICAS PROPIAS

¿Cómo ha querido Dios que sea el *Opus Dei* para que alguien –como persona llamada a hacerlo en la tierra– pueda conocerlo y amarlo, e identificarse con él? He aquí una respuesta precisa de san Josemaría: «Cuando Dios Señor Nuestro, el día 2 de octubre de 1928, suscitó su

⁷ «el amor mismo es conocimiento» (GUILLERMO DE SAINT-THIERRY, *Exposición sobre el Cantar de los Cantares*, Primer Canto, n. 54, Sígueme, Salamanca 2013, 88).

Obra, dentro del Cuerpo Santo de la Iglesia, le dio una finalidad específica; y con ella, un espíritu peculiar y el modo apostólico de trabajar, que le es propio».⁸

En estas tres características inseparables —*finalidad específica, espíritu peculiar, modo apostólico propio*, que por su mismo origen y tal como están expresadas forman unidad— compendia el fundador la realidad profunda, teológica, del *Opus Dei* tal como Dios lo ha hecho surgir, *dentro del Cuerpo Santo de la Iglesia*. Estas últimas palabras enuncian una cuarta característica innata y esencial como las tres anteriores: el *Opus Dei*, con su finalidad, su espíritu y su modo apostólico, ha sido suscitado por Dios en la Iglesia y para el bien de la Iglesia, a su servicio, para contribuir al cumplimiento de su misión de ser «signo e instrumento de la íntima unión con Dios y de la unidad de todo el género humano».⁹

Un primer punto en el que detenerse de la citada frase del fundador es la *finalidad específica* del *Opus Dei*, el ‘para qué’ ha sido suscitado por Dios o, en otras palabras, su concreta contribución al servicio de la misión de la Iglesia. Ésta, en su conjunto, como «sacramento universal de salvación»,¹⁰ tiene la misión de continuar con Cristo la obra de la redención por Él ya consumada, aplicando sus frutos en el permanente despliegue de la historia. Esto significa sencillamente ocuparse de la salvación de las almas y, en consecuencia, trabajar en la orientación del mundo (las personas, los ambientes y las obras de los hombres) hacia su fin propio, que es Dios mismo. Diciéndolo con terminología clásica, la Iglesia tiene la misión de empeñarse en el retorno a Dios de la entera creación. Esa misma es, en consecuencia, la misión apostólica del *Opus Dei*, la *finalidad* para la que existe, regulada a su vez —porque así lo ha querido Dios— por unas características específicas. ‘Ser *Opus Dei*’, significa asumir esa finalidad como algo propio, identificarse con ella, amarla.

Tales características específicas han sido manifestadas por el fundador en diversos momentos y contextos, siempre con firme unidad de sentido. Con objeto de concretar nuestra reflexión nos fijamos en un párrafo particularmente significativo de una de sus Cartas:

⁸ Carta n.º 22 (datada 15-VIII-1953), n. 6, en AGP, serie A.3, 93-3.

⁹ CONCILIO VATICANO II, Const. dogm. *Lumen gentium*, 21-XI-1964, n. 1.

¹⁰ *Ibidem*, n. 48.

Ciertamente nuestra Obra –la Obra de Dios– surgía para hacer que renaciera una nueva y vieja espiritualidad de almas contemplativas, en medio de todos los quehaceres temporales, santificando todas las tareas ordinarias de esta tierra: poniendo a Jesucristo en la cumbre de todas las realidades honestas en las que los hombres están comprometidos, y amando este mundo, que huía del Creador.¹¹

Es una frase descriptiva y muy densa, que podría ser también considerada, en cierto modo, por proceder de labios del fundador, como definitiva. En ella quedan resaltados con claridad los aspectos que estudiamos, es decir, la finalidad específica, el espíritu peculiar y el modo apostólico de trabajar propio del *Opus Dei*.

Sin romper la unidad de conjunto, la frase, a efectos de nuestro análisis, puede ser descompuesta en cinco elementos:

a) *hacer que renaciera una nueva y vieja espiritualidad*:

- *hacer que renaciera* tiene el sentido de hacer que resurgiera o reviviera una espiritualidad que, por consistir, en cuanto cristiana, en la puesta en práctica del espíritu del Evangelio, es ya *vieja* en el tiempo;
- pero es también, al mismo tiempo, una espiritualidad *nueva*, por estar originada en un carisma fundacional nuevo, y modulada en consecuencia con los oportunos acentos y matices, detallados a continuación;

b) [una espiritualidad] *de almas contemplativas*:

- *almas* está aquí empleado en el sentido de personas cristianas, sin más determinaciones, aunque por lo que añaden las frases sucesivas, ha de entenderse que son personas de condición secular;
- pero personas calificadas expresamente como *contemplativas*, es decir, que practican en su vida la contemplación cristiana, que buscan a Dios en las diversas circunstancias de su existencia, que le tratan confiadamente, que dialogan con Él;
- personas, en definitiva, que pueden ser denominadas *almas de oración*, como acostumbra también a denominarlas el fundador.¹²

¹¹ *Carta n° 19* (datada 14-IX-1951), n. 31, en AGP, serie A.3, 93-2.

¹² Un par de ejemplos: «Pero yo, mientras me quede aliento, no cesaré de predicar la necesidad primordial de ser alma de oración ¡siempre!, en cualquier ocasión y en las circunstancias más dispares, porque Dios no nos abandona nunca» (*Amigos de Dios*, n.

c) [contemplativas] *en medio de todos los quehaceres temporales*, esto es, en el desempeño de las obligaciones personales cotidianas de todo tipo;

– *temporales*, ha de entenderse no en el sentido de transitorias, sino en el de seculares, realizadas en el mundo.

d) [en los quehaceres temporales] *santificando todas las tareas ordinarias de esta tierra*,

– la expresión *tareas ordinarias de esta tierra* permite ser sintetizada en un solo término: trabajo, el de cada cual, sea el que sea (siempre que sea honesto);

– podría pues decirse: *santificando el trabajo o quehacer ordinario*;

– como en todo lo anterior, pero ahora especialmente, estamos ante un punto central del espíritu y de la espiritualidad del *Opus Dei*, que junto con proclamar la vocación universal a la santidad ayuda a entender que el trabajo cotidiano es su piedra angular;

– tal afirmación, como es lógico, es inseparable en el espíritu y la espiritualidad del *Opus Dei* de esta otra: ‘mientras se santifican en ese trabajo’, pues en materia de santificación personal del cristiano no pueden disociarse el ser y el obrar;

– santificar el trabajo y santificarse en él supone buscar el encuentro con Dios en el propio quehacer, realizarlo en diálogo con Él, ofrecérselo, convertirlo en ‘lugar’ de oración, hacerlo con perfección.

e) Como epílogo encontramos una frase que pide ser comprendida como meta u horizonte al que todo lo anterior, conforme al espíritu que analizamos, ha de tender: *poniendo a Jesucristo en la cumbre de todas las realidades honestas en las que los hombres están comprometidos, y amando este mundo, que huía del Creador*;

– *poner a Cristo en la cumbre de las actividades humanas* significa ponerlo en alto –su Persona, su enseñanza–, levantándolo a la vista de todos en los distintos ámbitos del obrar humano, exaltándolo, colmando

247/a, ed. crítico-histórica preparada por A. ARANDA, Rialp, Madrid 2019, 722-723). «¿No es verdad que tú has visto la necesidad de ser alma de oración, con un trato con Dios que te lleva a *endiosarte*? Esa es la fe cristiana y así lo han comprendido siempre las almas de oración» (*Es Cristo que pasa*, n. 8/b, ed. crítico-histórica preparada por A. ARANDA, Rialp, Madrid 2013, 182).

dichos ámbitos (en realidad, las personas y sus obras) de sentido cristiano y conduciéndolos con Cristo (desde dentro y amorosamente) a su fin propio según los designios de la voluntad del Creador, es decir, siempre en conformidad con su propia naturaleza, con su propia verdad. No se deje de advertir la misteriosa unidad entre exaltación y cruz (alzar la cruz, levantar la cruz, y antes tomar la cruz).

Así, pues, la *finalidad específica* del *Opus Dei* dentro de la misión de la Iglesia, el objetivo que le ha asignado Dios al suscitarlo con un *espíritu peculiar* y un *modo apostólico propio de trabajar*, puede ser expresado con san Josemaría como un: *poner a Cristo* (su Persona, sus obras, su enseñanza) *en la cumbre de las actividades humanas* (o análogamente, *en la entraña del mundo*), actuando desde dentro de la dinámica de esas actividades con el espíritu del *Opus Dei*, trabajando apostólicamente en ellas con responsabilidad personal, sin apartarse nunca de ellas. Consiste, pues, en hacer presente a Jesucristo y su Evangelio (en síntesis: el sentido cristiano de la persona y de la vida humanas, y por tanto de la entera creación) en el dinamismo relacional del mundo, en el realizarse de las actividades humanas, principalmente las pertenecientes al ámbito laboral –sincrónicas por lo demás, en razón del sujeto que las realiza, con las propias del ámbito familiar, o en sentido amplio del ámbito social–. Pero siempre con espíritu secular, desde dentro de ellas por derecho propio, con ocasión de su desenvolvimiento y sin abandonarlas.

Ser Opus Dei significa estar identificado, amar, esa finalidad, ese espíritu, ese estilo apostólico de personas contemplativas, centradas en Jesucristo, seculares, ciudadanos corrientes, normales trabajadores con ideal de santidad allí donde se encuentran, amantes de la Iglesia como hijos, copartícipes de su misión evangelizadora. Sólo así, con la gracia de Dios, se puede *hacer el Opus Dei en la tierra*.

IV. PONER A CRISTO EN LA CUMBRE DE LAS ACTIVIDADES HUMANAS

La formulación de la finalidad específica del *Opus Dei* que acabamos de considerar (*poner a Cristo en la cumbre de las actividades humanas*) tiene una historia particular, bien conocida. Como narró en diversas oca-

siones el fundador y es referido por sus biógrafos,¹³ esa fórmula nació como consecuencia de una intervención extraordinaria de Dios en su alma. Lo ha dejado registrado también por escrito en distintos pasajes de sus obras, de los que escogemos tres sustancialmente similares, aunque con interesantes matices propios.

a) *Relato datado en 1931*

7 de agosto de 1931: Hoy celebra esta diócesis la fiesta de la Transfiguración de Nuestro Señor Jesucristo. –Al encomendar mis intenciones en la Santa Misa, me di cuenta del cambio interior que ha hecho Dios en mí, durante estos años de residencia en la exCorte... Y eso, a pesar de mí mismo: sin mi cooperación, puedo decir. Creo que renové el propósito de dirigir mi vida entera al cumplimiento de la Voluntad divina: la Obra de Dios. (Propósito que, en este instante, renuevo también con toda mi alma). Llegó la hora de la Consagración: en el momento de alzar la Sagrada Hostia, sin perder el debido recogimiento, sin distraerme [...] vino a mi pensamiento, con fuerza y claridad extraordinarias, aquello de la Escritura: “*et si exaltatus fuero a terra, omnia traham ad me ipsum*” (Ioann. 12-32). Y comprendí que serán los hombres y mujeres de Dios, quienes levantarán la Cruz con las doctrinas de Cristo sobre el pináculo de toda actividad humana... Y vi triunfar al Señor, atrayendo a Sí todas las cosas.¹⁴

Esta primera narración por escrito de la intervención extraordinaria de Dios en el alma del fundador desvela cuatro esenciales e indivisibles elementos integrantes:

- El singular contexto inmediato en el que tuvo lugar, que es la recentísima venida de Cristo al altar tras la consagración eucarística y su elevación o exaltación en las manos del sacerdote-fundador.
- La conformación exacta de la acción divina –una locución interna, como sugiere este pasaje y confirman los otros dos que analizamos–, que hizo resonar en el alma del fundador (*con fuerza y claridad extraordinarias*) las palabras de Cristo recogidas en el versículo de Jn 12,32 según el texto de la Vulgata: «*et si exaltatus fuero a terra, omnia traham ad me ipsum*» («cuando sea levantado de la tierra, atraeré todo hacia mí»).

¹³ Cfr., por ejemplo, A. VÁZQUEZ DE PRADA, *El Fundador del Opus Dei*, I (“¡Señor, que vea!”), Rialp, Madrid 1997, 379-384.

¹⁴ *Apuntes íntimos*, n. 217, en AGP, serie A.3, 88. También en VÁZQUEZ DE PRADA, *El Fundador del Opus Dei*, I, 380-381.

– La expresiva intelección que la acción divina dejó impresa en el alma del fundador (*comprendí que serán los hombres y mujeres de Dios, quienes levantarán la Cruz con las doctrinas de Cristo sobre el pináculo de toda actividad humana*), que iluminó aún más el horizonte de la misión encomendada.

Y, finalmente,

– La comprensión global (expresada en términos de visión intelectual) de los frutos apostólicos de dicha misión: la exaltación-atracción de Cristo sobre toda la realidad creada.

La lectura de los otros dos relatos que hemos escogido sobre el mismo acontecimiento nos permitirá resaltar nuevos detalles y penetrar más hondamente en su contenido.

b) *Relato datado en 1932*

Ahora comprenderemos la emoción de aquel pobre sacerdote, que tiempo atrás sintió dentro de su alma esta locución divina: *et ego, si exaltatus fuero a terra, omnia traham ad meipsum* (Ioann. XII, 32); cuando seré levantado en alto sobre la tierra, todo lo atraeré a mí. A la vez, vio con claridad la significación que el Señor, en aquel momento, quería dar a esas palabras de la Escritura: hay que poner a Cristo en la cumbre de todas las actividades humanas. Entendió claramente que, con el trabajo ordinario en todas las tareas del mundo, era necesario reconciliar la tierra con Dios, de modo que lo profano –aun siendo profano– se convirtiese en sagrado, en consagrado a Dios, fin último de todas las cosas.¹⁵

Este segundo relato presenta los hechos de manera semejante al anterior, aunque con matices propios:

– La intervención divina, presentada antes de modo más amplio (*vino a mi pensamiento, con fuerza y claridad extraordinarias*), es ahora calificada con precisión: *sintió dentro de su alma esta locución divina*; como tal locución, deja en el alma una impresión clara, profunda, iluminante de lo comunicado, que es el mismo texto de Jn 12,32 (versión Vulgata).

– El significado preciso de la acción divina está expresado con la misma nitidez (*vio con claridad la significación que el Señor, en aquel momento, quería dar a esas palabras de la Escritura*), pero poniendo más énfasis

¹⁵ Carta n° 3 (datada 9-I-1932), n. 2/d, en *Cartas I*, 162-163.

en el deber de realizar la misión apostólica encomendada: *hay que poner a Cristo en la cumbre de todas las actividades humanas.*

– Con palabras de alto perfil teológico, queda enunciada la certidumbre que la locución divina deja grabada en el alma del fundador (*entendió claramente*), acerca de la necesidad (*era necesario*) de asumir la tarea confiada de reconducir el mundo a Dios (*reconciliar la tierra con Dios*), a través del trabajo ordinario santificado y santificador (*con el trabajo ordinario, de modo que lo profano –aun siendo profano– se convirtiese en sagrado, en consagrado a Dios*).

Estas últimas palabras piden una breve glosa. Que lo profano se convierta, por medio del trabajo ordinario, en algo sagrado en el sentido de algo consagrado a Dios, es un modo de expresar el significado y el fruto de la santificación del trabajo y en el trabajo. La relación del sujeto con el objeto de su trabajo puede ser también –porque toda la realidad creada lo permite y siempre que así lo quiera el trabajador– ocasión de relación personal con Dios, es decir, de ofrecimiento, de encuentro, de servicio, de amor. Quien ama a Dios quiere también que todas sus acciones –y en concreto su trabajo, su relación con la verdad de las cosas, de las realidades profanas–, lleven impreso ese sello personal de “hecho para Dios”: sean obras de amor. Y Dios, que es Amor, acepta siempre lo que le es ofrecido por quien le ama. El Amor de Dios y el amor del hombre se encuentran mutuamente en aquel trabajo, en aquella obra así realizada, que queda, en ese sentido, santificada, y es también al mismo tiempo santificante para quien la realiza en cuanto ámbito concreto de amorosa relación personal con Dios.

c) *Relato datado en 1966*

Aquel día de la Transfiguración, celebrando la Santa Misa en el Patronato de enfermos, en un altar lateral, mientras alzaba la Hostia, hubo otra voz sin ruido de palabras. Una voz, como siempre, perfecta, clara: *et ego, si exaltatus fuero a terra, omnia traham ad me ipsum!* (Ioann. XII, 32). Y el concepto preciso: no es en el sentido en que lo dice la Escritura; te lo digo en el sentido de que me pongáis en lo alto de todas las actividades humanas; que, en todos los lugares del mundo, haya cristianos, con una dedicación personal y libérrima, que sean otros Cristos.¹⁶

¹⁶ Carta n° 13 (datada 29-XII-1947/14-II-1966), n. 89, en AGP, serie A.3, 92-6.

– La nueva narración detalla con mayor precisión el acontecimiento: el sitio, la situación, el momento. Que tenga lugar dentro de la celebración eucarística del fundador empareja este acontecimiento con otros de especial importancia en su misión fundacional, como son los que están en el origen, respectivamente, de la sección de mujeres del *Opus Dei* (14-II-1930) y de la Sociedad sacerdotal de la Santa Cruz (14-II-1943).

– El momento concreto en que sucede, la elevación de la Sagrada Hostia, es portador de un alto significado, pues todo cuanto sigue (la locución divina, con el texto de Jn 12,32, y el sentido que esas palabras adquieren en el oyente) hablan también de alzar a Cristo, de ponerle en alto, de mostrarlo, de darlo a conocer tal como es: crucificado y resucitado, glorioso y atrayendo hacia Sí a todos.

– La expresión *como siempre*, que acompaña a la descripción de la locución (*Una voz, como siempre, perfecta, clara*) desvela la experiencia del fundador en esas acciones divinas a lo largo de toda su vida, antes y después del acontecimiento de 1931 que comentamos (este pasaje está fechado en 1966).

– Se pone en este tercer pasaje de manifiesto la lúcida impresión intelectual adquirida por el fundador, o como él mismo escribe: *el concepto preciso*, entonces develado; se trata evidentemente de un dato valioso para quienes analizamos este hecho casi un siglo después.

– La primera aserción sobre dicho *concepto preciso* consiste en señalar cómo no ha de entenderse el versículo joánico: *no es* –escribe el oyente– *en el sentido en que lo dice la Escritura*. Es una afirmación de gran interés, que quizá hace referencia a una interpretación inmediata y común de Jn 12,32, no infrecuente en la tradición, que, en el levantamiento o alzamiento material o físico de la cruz en el Calvario con Cristo enclavado, contempla ya también su triunfo y exaltación como vencedor del pecado y de la muerte.

– Y a continuación –he aquí la aportación principal del pasaje– es develado el sentido peculiar con el que el versículo joánico ha quedado impreso en la mente del fundador: *te lo digo en el sentido de que me pongáis en lo alto de todas las actividades humanas; que, en todos los lugares del mundo, haya cristianos, con una dedicación personal y libérrima, que sean otros Cristos*.

– La atribución de este sentido a Jn 12,32 es única en la historia del pensamiento cristiano, en el que nunca ha cesado –desde la época patristica hasta nuestros días– la reflexión sobre ese versículo. Al menos no conocemos otra interpretación como ésta, y lo hemos estudiado largamente dentro de una línea de investigación que ya ha dado frutos de calidad,¹⁷ y que continúa abierta.¹⁸

– En el terreno en el que estamos, que es el de conocer mejor la naturaleza teológica del *Opus Dei* (su finalidad, su espíritu, su modo apostólico) para facilitar la comprensión de lo que significa *ser Opus Dei*, y sabiendo que *hacer el Opus Dei* consiste en *poner a Cristo en la cumbre de todas las actividades humanas*, resulta manifiesta la importancia del sentido que el fundador asigna al versículo joánico objeto de la locución.

– Así, pues, conforme a esta intelección carismática del texto de Jn 12,32, la misión de *poner a Cristo en lo alto*, ha de ser comprendida en el sentido de que en todas las encrucijadas del trabajo humano (en *todas las actividades humanas*), o lo que es igual en medio de las sociedades humanas *en todos los lugares del mundo*, pueda ser visto, conocido –y en consecuencia amado, pues quien en verdad le conoce es también atraído por Él, y le ama–, porque haya *otros Cristos*. Esto es, porque haya hombres y mujeres identificados por la gracia con Él, que lo pongan en alto, que hagan manifiesta su belleza (la belleza de su Persona, de su Cruz, de su doctrina) a través de su propia vida, de su conducta, de sus obras. *Cristo presente en los cristianos* es precisamente el título de una conocida homilía de san Josemaría.¹⁹

¹⁷ Cfr. J.L. GONZÁLEZ GULLÓN, *La fecundidad de la Cruz: Una reflexión sobre la exaltación y la atracción de Cristo en los textos joánicos y la literatura cristiana antigua*, Edusc, Roma 2003. J.F. HERRERA GABLER, *Cristo exaltado en la Cruz. Exégesis y teología contemporáneas*, Eunsa, Pamplona 2012.

¹⁸ En la Facultad de Teología de la Universidad de Navarra, por ejemplo, se encuentra en fase de elaboración una tesis doctoral sobre el tema: *Exaltación y atracción de Cristo en la cruz, en la teología y en la espiritualidad de los siglos X-XX*.

¹⁹ Cfr. *Es Cristo que pasa*, nn. 102-116 (ed. crítico-histórica, 551-608).

V. SANTIFICAR EL TRABAJO ORDINARIO, SANTIFICARSE EN ESA TAREA
Y SANTIFICAR A LOS DEMÁS CON EL EJERCICIO DE LA PROPIA PROFESIÓN²⁰

Sin que sea necesario detenerse ahora más en el análisis de los textos recién transcritos, sí cabe hacer hincapié en las palabras con las que san Josemaría desvela la iluminación recibida en aquella intervención de Dios en su alma. Tales palabras, de modo explícito o implícito, hacen referencia, por ejemplo, a la presencia del cristiano en todas las actividades humanas, al enaltecimiento o exaltación de Cristo a través de esa presencia cristiana operativa, a la reconciliación o reconducción del mundo —es decir, de los hombres y sus obras— con Dios, etc. Conjugadas en unidad cabe sintetizarlas en la noción de ‘trabajo santificado’ del cristiano, que al tiempo de realizarlo también se santifica en él. En este sentido, la misión de *hacer el Opus Dei en la tierra siendo Opus Dei*, queda perfectamente explicada con estas palabras del fundador: «¡Lo he dicho sin cesar, desde que el Señor dispuso que surgiera el *Opus Dei*! Se trata de santificar el trabajo ordinario, de santificarse en esa tarea y de santificar a los demás con el ejercicio de la propia profesión, cada uno en su propio estado».²¹

La segunda parte de la frase, en su expresividad y concisión, es una síntesis perfecta de la finalidad, del espíritu peculiar y del modo apostólico propio del *Opus Dei*, y *a fortiori* de lo que significa *serlo y hacerlo*. Estudiar la relación trabajo—santidad según los términos señalados en

²⁰ La fórmula «santificar el propio trabajo, santificarse en su trabajo y santificar a los demás con el trabajo» la utilizó también san Josemaría para explicar lo que supone ser santo para la mayoría de los hombres (cfr. *Conversaciones con Mons. Escrivá de Balaguer*, n. 55/c, ed. crítico-histórica preparada por J.L. ILLANES, A. MÉNDIZ, Rialp, Madrid 2012, 284). Señalamos algunos títulos de la bibliografía sobre la santificación del trabajo en san Josemaría: G. FARO, *Il lavoro nell'insegnamento del beato Josemaría Escrivá*, Agrilavoro, Roma 2000; J.L. ILLANES, *La santificación del trabajo*, Palabra, Madrid 2001¹⁰; G. FARO (a cura di), *Lavoro e vita quotidiana*, Edusc, Roma 2003; J. BOROBIA *et al.* (eds.), *Trabajo y Espíritu. Sobre el sentido del trabajo desde las enseñanzas de Josemaría Escrivá en el contexto del pensamiento contemporáneo*, Eunsa, Pamplona 2004; E. BURKHART, J. LÓPEZ, *Vida cotidiana y santidad en la enseñanza de San Josemaría*, 3, Rialp, Madrid 2013, 19-221; J. LÓPEZ, F. REQUENA (a cura di), *Verso una spiritualità del lavoro*, Edusc, Roma 2018; J.H. LIU, *La santificación del trabajo en el Magisterio de la Iglesia y en las enseñanzas de los santos del siglo XX*, Edusc, Roma 2021.

²¹ *Es Cristo que pasa*, n. 122/b (ed. crítico-histórica, 640).

esa frase significa enfocar y examinar la clave teológica más característica y profunda del espíritu fundacional. Ahondar en este punto es tarea necesaria.²² Los textos de san Josemaría sobre esta temática central son abundantes.²³

Aunque esa importante cuestión no sea el objetivo propio del estudio que estamos desarrollando, es oportuno sin embargo aludir a uno de sus aspectos principales, como es en concreto la relación entre vocación personal al *Opus Dei* y trabajo profesional. Elegimos al respecto, entre otros muchos semejantes, tres pasajes de san Josemaría –característicamente suyos, cabría decir– en los que se descubren nuevos interesantes matices.

En el primero de estos pasajes, el trabajo es presentado como el *eje* en torno al cual se acrisola el progreso en la santidad personal (la *perfección cristiana*) del fiel corriente, con su correspondiente influjo apostólico. Dice así:

Dentro de la espiritualidad laical, la peculiar fisonomía espiritual, ascética, de la Obra aporta una idea, hijos míos, que es importante destacar. Os he dicho infinidad de veces, desde 1928, que el trabajo es para nosotros el eje, alrededor del cual ha de girar todo nuestro empeño por lograr la perfección cristiana. Al buscar en medio del mundo la perfección cristiana, cada uno de nosotros ha de buscar también necesariamente la perfección humana, en su propia labor profesional. Y, a la vez, ese trabajo profesional es eje alrededor del cual gira todo nuestro empeño apostólico.²⁴

La idea del trabajo de cada día como eje de giro y de sostén para el que busca la santidad en medio de la vida de cada día, es característica

²² La bibliografía al respecto es ya muy abundante. Nos limitamos a señalar algunos estudios de mayor entidad, como, entre otros: P. RODRÍGUEZ, *Vocación, trabajo, contemplación*, Eunsa, Pamplona 1986; F. OCÁRIZ, *El concepto de santificación del trabajo*, en IDEM, *Naturaleza, gracia y gloria*, Eunsa, Pamplona 2000, 263-271; J.L. ILLANES, *Existencia cristiana y mundo. Jalones para una reflexión teológica sobre el Opus Dei*, Eunsa, Pamplona 2003; M. RHONHEIMER, *Transformación del mundo. La actualidad del Opus Dei*, Rialp, Madrid 2006; E. BURKHART, J. LÓPEZ, *Vida cotidiana y santidad en la enseñanza de San Josemaría: estudio de teología espiritual*, 3 vols., Rialp, Madrid 2010-2013; A. ARANDA, *El hecho teológico y pastoral del Opus Dei*, Eunsa, Pamplona 2021².

²³ Entre los ya publicados pueden señalarse en particular la *Carta n° 3* (*Cartas I*, 155-251) y la homilía *Trabajo de Dios*, en *Amigos de Dios*, nn. 55-72 (ed. crítico-histórica, 283-358).

²⁴ *Carta n° 31* (datada 25-I-1961), n. 10, en AGP, serie A.3, 94-2.

del fundador. El trabajo cotidiano, el propio quehacer diario, no ocupa necesariamente todas las horas del día, pero las ordena y convierte a algunas en el escenario principal de la jornada: es decir, si se quiere, en el escenario principal de encuentro personal con Dios, de práctica de la virtud (caridad, justicia, templanza, humildad...; en suma, vida de persona de fe), y puede ser siempre ofrenda aceptable a Dios.

En ese sentido, un importante punto a destacar en ese texto, y consecuentemente en la doctrina fundacional que expone –destacable asimismo de cara a la cuestión de qué es *ser Opus Dei* y *hacer el Opus Dei*–, consiste en la afirmación de que para alcanzar la *perfección cristiana* a través del propio trabajo (perfección de buen cristiano, perfección de la caridad, es decir, la santidad: esto ha de ser siempre lo primero en la intención), se requiere *necesariamente* buscar la *perfección humana* en dicho trabajo (esto, aunque inseparable de lo primero, ha de ser intencionalmente lo segundo): hacerlo bien, como el mejor («mis hijos procuran realizar bien el trabajo ordinario, ser –por amor de Dios y en servicio de todos los hombres– como el mejor de sus colegas»²⁵). Como siempre que se habla de trabajo santificado del cristiano conforme al espíritu del *Opus Dei*, la referencia cristológica está implícitamente presente.

En el segundo de los pasajes que hemos elegido, san Josemaría reemplaza la imagen del *eje* por la del *quicio*, igualmente reveladora de su pensamiento. Lo expresa así:

Lo propio de nuestra entrega, hijas e hijos míos, no es algo artificioso: es la sencilla naturalidad de quien, en medio del mundo, ha recibido la llamada de Dios para elevar su vida al plano sobrenatural, permaneciendo después de la llamada divina en el mismo lugar que tenía en la sociedad de los hombres, y encontrando –precisamente en el trabajo profesional, conciudadano igual a sus conciudadanos– el quicio sobre el que se apoya todo un camino de santidad y de apostolado.²⁶

No es necesario repetir lo ya señalado al comentar la idea del trabajo como eje de la cotidiana búsqueda de la santidad, pues con la imagen del quicio se pretende expresar la misma idea. Pero el texto depara otro importante toque de atención: el trabajo de cada cual, en medio del mundo, el mismo antes y después de recibir y aceptar la vocación divina

²⁵ *Carta n.º 24* (datada 31-V-1954), n. 18, en AGP, serie A.3, 93-3.

²⁶ *Carta n.º 21* (datada 12-XII-1952), n. 23, en AGP, serie A.3, 93-3.

al *Opus Dei*, ha pasado a tener ante uno mismo, ante la propia autoconciencia, un significado nuevo y profundo. Sin cambios en su propio estatuto, ese trabajo ha sido elevado por Dios a otro ámbito de realidad y de sentido. Ya no es solo trabajo mío sino también, y por encima de todo, *quicio* de un *camino de santidad y de apostolado*, camino de identificación con Cristo.

En el tercer y último pasaje, las imágenes del *eje* y del *quicio* se encuentran sustituidas por otra, aún más expresiva y concluyente, a nuestro entender: la de *pedra angular*. El trabajo es mostrado como base o fundamento sobre el que va levantando el edificio de la santidad personal y del apostolado: «La Obra, inspirada por Dios, ha venido a traer un espíritu específicamente laical, enseñando que el trabajo es piedra angular de la vida interior y apostólica: la materia que hay que santificar y el instrumento para la santificación propia y ajena».²⁷

Contienen esas palabras un nuevo matiz a resaltar: el espíritu del *Opus Dei* es un *espíritu específicamente laical*, en el sentido de secular, civil, propio de cristianos que están en el mundo como en su lugar nativo, como ciudadanos entre ciudadanos.

VI. ESENCIAL SECULARIDAD Y ESPECIAL PERSPECTIVA CRISTOCÉNTRICA

a) *Esencial secularidad*

En todo lo que llevamos dicho está latiendo con fuerza la noción de *secularidad*, esencial para comprender qué es *ser Opus Dei* y *hacer el Opus Dei*. Es este un tema de máxima importancia.

La secularidad es presentada siempre por san Josemaría como nota básica y definitoria de su espíritu. Calar en su contenido específico es condición *sine qua non* para comprender también la especificidad de la vocación al *Opus Dei* y de la misión evangelizadora llevada a cabo por sus miembros, radicadas ambas en su ordinaria condición de ciudadanos, esto es: en su empeño en buscar la santidad en la vida corriente; en la comprensión de que el trabajo cotidiano realizado con perfección es quicio de la santificación; en su amor al mundo; en el compromiso apostólico dentro del propio ambiente personal, familiar, profesional, social.

²⁷ *Carta n.º 11* (datada 6-V-1945), n. 14, en AGP, serie A.3, 92-4.

Los fieles del *Opus Dei* (laicos o sacerdotes) gozan una vocación íntegra de cristianos seculares, para cooperar gustosamente con Jesucristo en la obra de la redención (la salvación de las almas, el hacerse de la Iglesia), santificando el trabajo ordinario y santificándose en él, ayudando también con él a los demás a santificarse.

Todo está claramente expuesto en el siguiente amplio pasaje de san Josemaría:

La secularidad es otra característica importantísima de nuestra llamada. Está constituida por el conjunto de actividades personales, profesionales, intelectuales o manuales, que forman el *munus publicum* –es decir, conocido por todos– con el que obtenemos los medios, a través de ese trabajo profesional [...].

Con esos medios debe vivir cada ciudadano [...], sostener su hogar y su familia, y contribuir a la vida pública del país, pagando sin buscar privilegios los impuestos, cumpliendo todos los otros deberes de ciudadano y ejercitando sin cobardía todos los derechos.

La secularidad, hijos míos, es la presencia efectiva, real y jurídica, sin limitaciones canónicas –una presencia de pleno derecho–, de estas almas dedicadas al servicio del Señor y de la Iglesia, en el mundo: en cualquiera de las actividades honestas de los hombres, sin ninguna diferenciación jurídica de los otros fieles o ciudadanos, si se trata de laicos. Y lo mismo si se trata de sacerdotes, porque los miembros del *Opus Dei* que son sacerdotes viven la vida corriente secular de todos los demás sacerdotes seculares.

La Iglesia, en nuestro derecho peculiar, ha conservado a los miembros del *Opus Dei* la misma personalidad que tenían antes de venir a la Obra, para que puedan santificarse y santificar en el mundo con la gracia divina, con su esfuerzo y con los medios que les da su entrega.²⁸

Cada uno de esos párrafos aborda la sencilla realidad de la secularidad del cristiano corriente del *Opus Dei*, la de su estar en el mundo como uno más, desde alguna de sus características propias. En primer lugar –párrafo primero– se destaca la realidad humana que le acomuna con los habitantes del mundo secular: la actividad laboral que desempeña, que le cualifica y de la que vive. A continuación –segundo párrafo–, se acentúa la justa carga familiar y social que como normal ciudadano sostiene con su trabajo, contribuyendo al bienestar de los suyos y al bien común de la sociedad. En tercer lugar –párrafo tercero–, se pone de relieve la sustancial dimensión jurídico-canónica secular que le identifica, como laico o sacerdote, en el ámbito civil o eclesial. Finalmente –párra-

²⁸ *Carta n.º 13* (datada 29-XII-1947 / 14-II-1966), n. 114, en AGP, serie A.3, 92-6.

fo cuarto— se hace notar el reconocimiento de los anteriores aspectos por parte de la Iglesia, y su adecuada autentificación en los Estatutos o Código de derecho particular de la Prelatura del *Opus Dei*.

La plena secularidad es, pues, una cualidad originaria y radical del espíritu y de la vocación al *Opus Dei*. No se trata de un elemento accidental sino de algo que les pertenece sustancialmente:

Nuestra vocación —manifiesta el fundador— hace precisamente que nuestra condición secular, nuestro trabajo ordinario, nuestra situación en el mundo, sea nuestro único camino para la santificación y el apostolado. No es que tengamos esa ocupación secular para encubrir una labor apostólica, sino que es la ocupación que tendríamos si no hubiésemos venido al *Opus Dei*; y la que tendríamos si tuviéramos la desgracia de abandonar nuestra vocación.²⁹

De ahí que se pueda afirmar, como enseña san Josemaría —y como se viene manifestando en las páginas anteriores—, que la vocación profesional de un miembro del *Opus Dei*, su trabajo, sea el que sea, es parte, y parte importante, de su vocación divina. Dios le ha llamado a *ser* y a *hacer* el *Opus Dei* precisamente ahí, en su vida y en su ámbito profesional. Nunca se subrayará suficientemente la importancia de este punto esencial, en el que resalta a la vez, como es lógico, la primacía de la llamada a la santidad.

La secularidad del espíritu de santificación recibido, así como la de su trabajo y la de su vida entera, la realidad de ser antes de acoger su vocación personal un ciudadano más entre sus conciudadanos y lo mismo después, pero siendo ahora además una persona totalmente entregada al servicio de Dios y de la Iglesia en el *Opus Dei*, es asimismo el fundamento de la tarea apostólica encomendada en el seno de la sociedad:

Recordad, queridísimos hijos e hijas, lo que desde el comienzo de nuestra Obra os he enseñado: la vocación profesional, cualquiera que sea, es para nosotros parte de nuestra vocación divina. De palabra y por escrito, continuamente os he explicado de qué modo la profesión o el oficio —que cada uno de nosotros ejerce en el mundo— es base y fundamento de nuestra santidad y de nuestra acción apostólica.³⁰

No ha cambiado nada en cuanto al modo de estar en el mundo y de ganarse la vida, pero al mismo tiempo se ha de afirmar que con la vo-

²⁹ *Carta n° 23* (datada 19-III-1954), n. 26, en AGP, serie A.3, 93-3.

³⁰ *Carta n° 16* (datada 14-II-1950), n. 6, en AGP, serie A.3, 93-2.

cación divina ha cambiado el sentido de la entera realidad profesional y de la propia existencia. Lo que antes era mi trabajo y mi mundo –podría afirmar un fiel del *Opus Dei*– ha adquirido con la vocación, sin dejar de ser lo que era, un nuevo y profundo sentido de servicio a Dios:

Hijas e hijos míos: Dios se ha metido en nuestro camino, con su omnipotencia soberana nos ha complicado la vida, dándole un sentido nuevo. Sin embargo, sabéis bien que en lo exterior nada ha cambiado; el Señor quiere que le sirvamos precisamente donde nos condujo nuestra vocación humana: en nuestro trabajo profesional: *unusquisque, in qua vocatione vocatus est, in ea permaneat* (I Cor. VII, 20), permanezca cada uno en la vocación que tenía, en el momento en que Dios le llamó.³¹

La solidez de permanecer en el propio estado y de ganarse la vida en medio de la sociedad, junto con la novedad de haber encontrado ahí, sin abandonar esas coordenadas de la propia existencia, la llamada a abrazar plenamente la fe cristiana, la identificación con Jesucristo y con su mensaje de salvación, pone al fiel del *Opus Dei* en una situación excelente para influir apostólicamente en todos los ambientes de la sociedad y ayudar a transformarlos en lugar de encuentro con Cristo. Lo formula agudamente san Josemaría: «Somos una inyección intravenosa, puesta en el torrente circulatorio de la sociedad, para que vayáis –hombres y mujeres de Dios– [...] a inmunizar de corrupción a todos los mortales y a iluminar con luces de Cristo todas las inteligencias».³²

O, con otras palabras: «podremos fácilmente ser –ya os lo he dicho– [...] una transfusión continua de la fuerza vital cristiana en el torrente circulatorio de la sociedad».³³

La fuerza vital que un cristiano está en condiciones de transfundir en la sociedad es justamente su testimonio personal –palabras y obras– de Cristo. En el horizonte de la existencia del hombre sobre la tierra ha encendido Dios la poderosa luz de Jesucristo. Bajo el resplandor de su claridad, sólo bajo él, nuestra existencia individual y colectiva, nuestras relaciones interpersonales, nuestro mundo, superan y dejan atrás toda suerte de tinieblas, y manifiestan por el contrario la armonía originaria con la que fueron concebidos por el Creador: su

³¹ *Carta n° 14* (datada 15-X-1948), n. 1, en AGP, serie A.3, 92-7.

³² *Instrucción*, 19-III-1934, n. 42, en AGP, serie A.3, 89-1.

³³ *Carta n° 6* (datada 11-III-1940), n. 34/c, en *Cartas II*, 84-85.

consonancia con la amorosa Sabiduría de Dios. Bajo la luz de Jesucristo, el hombre y su mundo, sin dejar de ser lo que son, alcanzan su pleno sentido y muestran su verdadera condición: ser un testimonio viviente de la Bondad, la Verdad y la Belleza de Dios: un testimonio de su gloria.

Jesucristo, Verbo encarnado, es para los hombres vida, verdad, luz: «luz verdadera que ilumina a todo hombre que viene a este mundo» (Jn 1,9), añadiendo san Juan en el Prólogo de su Evangelio unas palabras que contienen –como comenta san Juan Pablo II– «la verdad más profunda que le ha sido dado a conocer al hombre respecto a la vida»,³⁴ que suena así: «Y el Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros» (Jn 1,14). Ahí se encuentra también, en consecuencia, el fundamento en el que se sostiene el sentido cristiano de la vida. Su contenido esencial se puede expresar diciendo: el significado pleno del hombre y de la existencia humana sólo se halla en Jesucristo, y por tanto la vida del hombre pide ser vivida bajo el signo y la luz de Jesús, inspirada en Él, identificada con la suya. Este es también el núcleo de la verdad que ilumina la conciencia cristiana, que es básicamente conciencia de pertenecer a Cristo, de ser uno de los suyos y existir en su entorno vital.

En el discurso antes citado señala también san Juan Pablo II: «Cristiano es el que libre y gozosamente imprime a la propia existencia el nuevo ritmo que la venida de Cristo ha dado a la vida humana. Tened siempre la valentía de emplear así vuestra libertad, dejando que en vuestra existencia –inteligencia, sensibilidad, afectos– pulse este nuevo ritmo de vida inaugurado por el Hijo de Dios hecho hombre».³⁵ Si esa es la condición y la convicción personal que especifica la existencia de los cristianos, su principal aportación –la *fuera vital* transmitida– a la convivencia social estribará, lógicamente, en vivir en pleno acuerdo con ella. Desde el comienzo del cristianismo rige, como es bien sabido, este mismo principio: la tarea apostólica primordial de los creyentes consiste en dar testimonio de su sentido de la persona y de la existencia humana individual y colectiva conforme al modelo de

³⁴ JUAN PABLO II, *Discurso a los participantes en el Congreso Internacional promovido por el Instituto para la Cooperación Universitaria*, 14-IV-1981.

³⁵ *Ibidem*.

Jesucristo. Al cristiano se le pide la audacia de asumir el ‘ritmo de vida’ impuesto por el Hijo de Dios hecho hombre y mostrarlo con valentía a la sociedad para tratar de moverla a emulación, según la expresión paulina (cfr. Rm 11,11-14).

b) Especial perspectiva cristocéntrica

Para realizar la misión encomendada –*hacer el Opus Dei siendo cada uno Opus Dei*– le es necesario al fiel de la Prelatura:

– *en cuanto cristiano* –ya ha sido comentado– identificarse amorosamente con Jesucristo, tener la cabeza y el corazón centrados en Él (cristocentrismo);

– *en cuanto cristiano en el Opus Dei*, imitar e identificarse especialmente con Él en su vida corriente de trabajo como uno más durante treinta años (singular luz cristocéntrica del espíritu fundacional).

Es obvio que el trabajo ordinario de Jesús en Nazaret, por razón de Quien lo realizaba y por la intención con la que era realizado –la gloria del Padre– era un trabajo santo y santificador, labor redentora, *operatio Dei*.

Acudimos a la enseñanza de san Josemaría transcribiendo dos nuevos pasajes de sus escritos. El primero dice así:

Esos años ocultos del Señor no son algo sin significado, ni tampoco una simple preparación de los años que vendrían después: los de su vida pública. Desde 1928 comprendí con claridad que Dios desea que los cristianos tomen ejemplo de toda la vida del Señor. Entendí especialmente su vida escondida, su vida de trabajo corriente en medio de los hombres: el Señor quiere que muchas almas encuentren su camino en los años de vida callada y sin brillo». ³⁶

Como parte integrante de la ejemplaridad para el cristiano *de toda la vida del Señor*, lógicamente una verdad conocida por el fundador, pero comprendida sin embargo por él *con claridad* –es decir, con particular lucidez– desde el momento de la inspiración carismática del 2 de octubre de 1928, subraya san Josemaría en el pasaje lo que ha entendido *especialmente*. Y esto es la *vida de trabajo corriente en medio de los hombres* de Jesucristo en sus treinta años *de vida callada y sin brillo*. Todo en Cristo es ejemplar y, como tal, fuente de imitación y de santificación, pero la luz fundacional del *Opus Dei* recae de modo especial sobre su trabajo cotidiano, trabajo

³⁶ *Es Cristo que pasa*, 20/a (ed. crítico-histórica, 236-237).

santo del Hijo de Dios que es ya glorificación de su Padre y redención de los hombres. He ahí la enseñanza a propagar: *el Señor quiere que muchas almas encuentren su camino* de identificación con Cristo (santidad y apostolado) en su diario trabajo de cada día.

El tenor del segundo pasaje anunciado es muy similar, aunque más explícito. El fundador se dirige de manera expresa a quienes han recibido y acogido la llamada al *Opus Dei* –a serlo y a hacerlo, como estamos considerando– y les exhorta, como gente corriente que son, a imitar la cotidianidad santificada de Jesús:

Hemos, pues, de imitar a Jesús en sus treinta años de vida oculta, aunque –precisamente porque no somos raros– nos llamen raros: ya estamos acostumbrados a oír estos despropósitos. Imitadle, repito, en aquellos largos treinta años. Vedlo cómo pasa casi toda su vida, como escondido en un pequeño pueblecito galileo, dedicado siempre al mismo trabajo, viviendo siempre en el mismo ambiente, donde los mínimos detalles cotidianos son también siempre los mismos. No olvidéis que es notable la desproporción numérica que hay entre los treinta años de vida oculta –dedicados a una tarea igual, continua y monótona, en medio de unos pocos hombres– y los tres años de vida pública, de predicación, de contacto inmediato con el pueblo, de viajes frecuentes de ciudad en ciudad.³⁷

Es patente, para el que quiera prestar atención –y san Josemaría nos ayuda a hacerlo–, que el Señor ha querido dejar a sus discípulos y a todos los hombres un mensaje claro con esa *notable desproporción numérica*. Y su contenido es éste: tan propiamente suyos son los treinta años de Nazaret, dedicados a una *tarea igual, continua y monótona, en medio de unos pocos hombres*, como los tres de predicación y manifestación mesiánica, previos a la culminación de su misión. Aquellos treinta como estos tres son los años del Hijo de Dios hecho hombre ‘por nosotros y por nuestra salvación’, llenos de amor filial al Padre y de amor fraterno a los hombres. Todos alcanzan su plenitud de sentido en la Cruz, tanto los tres inmediatos a ella como los previos treinta informados también por ella. Esa plenitud es la de llevar a cumplimiento de la voluntad de Padre, que es la intención manifiesta de Jesús a los doce años (cfr. Lc 2,41-50), como en el Calvario y, siendo Él el mismo, durante todo el periodo intermedio vivida bajo el signo de la Cruz. La vida cotidiana del cristiano –al que se le pide tomar su cruz de cada día (cfr. Lc 9,23)–, los largos años de su existencia en esta tierra, llenos de días semejantes, han de tomar ejem-

³⁷ Carta n.º 13 (datada 29-XII-1947 / 14-II-1966), n. 137, en AGP, serie A.3, 92-6.

plo de la cotidianidad filial de Jesucristo durante sus treinta años de Nazaret, años de normalidad y de trabajo, iluminados y orientados hacia la Cruz, es decir, digámoslo una vez más, hacia el pleno cumplimiento de la voluntad salvífica de Dios, Padre suyo y nuestro.

VII. FORMACIÓN ESPECÍFICA

Conviene señalar por último, para cerrar estas páginas, que a fin de *ser Opus Dei y hacer el Opus Dei*, los fieles de la Prelatura reciben una profunda formación espiritual, teológica y apostólica, adecuada en cada caso a sus circunstancias personales, y encaminada a ayudarles a progresar en la identificación personal con Cristo (*ser otro Cristo*), en una *unidad de vida* enteramente cristocéntrica, madurada con ayuda de la gracia en la búsqueda y el encuentro con el Señor en el trabajo bien hecho, en la convivencia amable con todos y con un sentido apostólico despierto.

Por expresarlo sintéticamente –podría también expresarse de otras muchas maneras–, cabe decir que en el *Opus Dei* se les enseña a:

a) *Revestirse de Cristo*, en el significado paulino de la expresión: conformarse con Él, identificarse con su modo de ser y obrar, reflejarlo en la propia conducta, imitar con obras su caridad, integrados en el dinamismo de su amor al Padre, a todos los hombres y a la entera creación. Un buen ejemplo son estas palabras del fundador:

Seguir a Cristo: este es el secreto. Acompañarle tan de cerca, que vivamos con Él, como aquellos primeros doce; tan de cerca, que con Él nos identifiquemos. No tardaremos en afirmar, cuando no hayamos puesto obstáculos a la gracia, que nos hemos revestido de Nuestro Señor Jesucristo (cfr. Rm XIII, 14). Se refleja el Señor en nuestra conducta, como en un espejo. Si el espejo es como debe ser, recogerá el semblante amabilísimo de nuestro Salvador sin desfigurarlo, sin caricaturas: y los demás tendrán la posibilidad de admirarlo, de seguirlo.³⁸

b) *Vivir en Cristo*, es decir, vivir según el Espíritu Santo: dóciles a sus estímulos. Vivir de fe, de esperanza y de caridad, como los primeros cristianos, como contemplativos en medio del mundo, encontrando a Cristo en la oración y en la Eucaristía, confiando filialmente en Santa María y buscando su cercanía: «En la vida espiritual no hay una nueva época a la que llegar. Ya está todo dado en Cristo, que murió, y resucitó, y vive y

³⁸ *Amigos de Dios*, 299/d (ed. crítico-histórica, 841-842).

permanece siempre. Pero hay que unirse a Él por la fe, dejando que su vida se manifieste en nosotros, de manera que pueda decirse que cada cristiano es no ya *alter Christus*, sino *ipse Christus*, ¡el mismo Cristo!».³⁹

c) *Dar a conocer a Cristo*, esto es, llevar a cabo una constante labor de evangelización en el propio ámbito profesional, familiar y social: una catequesis amplia, adecuada a las circunstancias de los oyentes. Todo fiel de la Prelatura está capacitado, por la formación recibida, a desarrollar un audaz *apostolado personal de amistad y confianza*, en y a través, principalmente, de la tarea profesional de cada uno. Está preparado y dispuesto para ser testigo de Cristo, para darlo a conocer y atraer a otros al encuentro personal con Él:

El Señor quiere que seamos pueblo con el pueblo, ciudadanos entre los ciudadanos, trabajando codo con codo —porque el trabajo profesional es nuestro medio específico de santidad y de apostolado— con quienes precisamente así, trabajando, hacen evolucionar el mundo.

Ahí comienza nuestra catequesis, nuestra exposición de la sabiduría de Cristo a los hombres, dando testimonio de solidaridad humana y de caridad social: concretamente, de solidaridad y de caridad con el compañero de profesión o de oficio.

Después viene —nace espontáneamente— la amistad y la confianza y, con el trato, la posibilidad fácil y natural de llevar a las almas, y también a la actividad profesional que os es común con los demás ciudadanos, la luz de la doctrina de Cristo. ¡Qué sencillo y evangélico —y por eso, qué tradicional: con sabor de primitiva cristiandad— es lo que el Señor nos pide!⁴⁰

De este modo, en definitiva, *siendo Opus Dei van haciendo el Opus Dei*, del que sabemos que —«mientras haya hombres en la tierra»⁴¹— continuará edificándose, pues la misión encomendada es como *un mar sin orillas*, «que actúa —desde dentro— en todas las profesiones y en todos los oficios, desde los más altos hasta los más humildes, con el mayor respeto a la libertad individual de cada hombre».⁴²

³⁹ *Es Cristo que pasa*, 104/c (ed. crítico-histórica, 576-577).

⁴⁰ *Carta n° 32* (datada 25-V-1962), n. 12, en AGP, serie A.3, 94-2.

⁴¹ *Carta n° 3* (datada 9-I-1932), n. 92/a, en *Cartas I*, 236.

⁴² *Carta n° 20* (datada 24-XII-1951), n. 78, en AGP, serie A.3, 95-2.

